

Con la sangre despierta

EL PRIMER ARRIBO A ESA CIUDAD NARRADO POR
ONCE ESCRITORES LATINOAMERICANOS

Con la sangre despierta

EL PRIMER ARRIBO A ESA CIUDAD NARRADO POR
ONCE ESCRITORES LATINOAMERICANOS

GUÍA DE RUTA Y PRÓLOGO
JUAN MANUEL VILLALOBOS

ANDREW GRAHAM-YOOLL / LONDRES
RODRIGO REY ROSA / TÁNGER
HORACIO CASTELLANOS MOYA / TORONTO
EDNODIO QUINTERO / TOKIO
SANTIAGO RONCAGLIOLO / MADRID
RODRIGO FRESÁN / CARACAS
GUILLERMO FADANELLI / BERLÍN
RICARDO SUMALAVIA / SEÚL
RAFAEL GUMUCIO / NUEVA YORK
ALMA GUILLERMOPRIETO / MANAGUA
FRANCISCO GOLDMAN / CIUDAD DE MÉXICO



sextopiso

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, transmitida
o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Primera edición en SEXTO PISO ESPAÑA: 2010

Fotografía de portada: Donna Ferrato

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO S.A. de C.V., 2009
San Miguel # 36
Colonia Barrio San Lucas
Coyoacán, 04030
México D.F., México

SEXTO PISO ESPAÑA, S.L.
c/Monte Esquinza 13, 4^o Dcha.
28010, Madrid, España

www.sextopiso.com

Diseño
ESTUDIO JOAQUÍN CALLEGO

ISBN: 978-84-96867-57-4

Impreso y hecho en España

ÍNDICE

PRÓLOGO JUAN MANUEL VILLALOBOS	9
LONDRES, 1976 ANDREW GRAHAM-YOOLL	13
TÁNGER, 1980 RODRIGO REY ROSA	27
TORONTO, 1979 HORACIO CASTELLANOS MOYA	39
TOKIO, 2006 EDNODIO QUINTERO	53
MADRID, 2000 SANTIAGO RONCAGLIOLO	67
CARACAS, 1975 RODRIGO FRESÁN	77
BERLÍN, 2007 GUILLERMO FADANELLI	97
SEÚL, 1997 RICARDO SUMALAVIA	109
NUEVA YORK, 2002 RAFAEL GUMUCIO	123
MANAGUA, 1978 ALMA GUILLERMOPRIETO	133
CIUDAD DE MÉXICO, 1984 FRANCISCO GOLDMAN	147

PRÓLOGO
JUAN MANUEL VILLALOBOS

Tardé varios años en comprender que llegar una vez, era volver; que llegar a vivir, por primera vez, a una ciudad nueva, cuando aún sus calles nos susurran al oído sus nombres desconocidos, era interpretar una historia que había pasado a formar parte de la nuestra; era apropiarse de todos los signos, de todos los códigos, de las sorpresas y desventuras que había deparado y depararía en el futuro, en el pasado, esa ciudad que se había convertido en propia; era unirnos a un diálogo que el tiempo no interrumpiría; era sentirse parte de un lugar cuyo nombre ya nos pertenecía.

Llegar por primera vez. Volver. Fue el tiempo, la costumbre, mis hábitos, lo que hizo que durante doce años pensase que mi verdadero hogar era el aeropuerto de Barajas. Me fui y volví a Madrid, frecuentemente, en todo ese tiempo. Y aún, si vuelvo, es justo allí donde una puerta se abre hacia un universo en el que las calles me hablan; salía siempre del aeropuerto y volvía siempre al aeropuerto, solo, acompañado, sin que nadie me esperara la mayoría de las veces, únicamente Madrid. Sentía entonces lo que en ningún otro lugar, en ninguna otra frontera, sentí jamás: que acababa de llegar a casa; mi casa.

De aquellos múltiples encuentros y despedidas, conservo una imagen: gansos gigantes en fila, en reposo, vistos desde los ventanales de las salas de espera, listos para despegar uno detrás de otro en busca de su próximo destino, despidiéndose de un sitio para llegar a uno nuevo, aves libres para las que la vida es aterrizar, permanecer y, luego, sin saber a dónde, ni cómo, ni por qué, marcharse. Llegar por primera vez. Volver. Descubrir que la ciudad es uno. Que el secreto está en *volar*.

CARACAS, 1975
RODRIGO FRESÁN

VAINA. En el principio era La Palabra.

Y La Palabra era *vaina*.

Y, sépanlo, *vaina* significa cualquier cosa. Todas las cosas y ninguna.

El Absoluto y la Nada.

Vaina como mantra y ábrete-sésamo y abracadabra.

Vaina como START y ON y OFF y THE END y (TO BE CONTINUED...).

Es más, *vaina* no era (y, seguro, sigue siendo) una palabra sino todo un idioma en sí mismo. Una lengua deshidratada que se expandía al infinito al ser humedecida por la saliva y pronunciada por la boca.

«Qué vaina.»

«La vaina esa.»

«Pásame la vaina.»

«¿Y qué vaina te dijo?»

Decir *vaina* era como contestar a todos los interrogantes del universo sin responder gran cosa.

De algún modo, tanto tiempo después, poco y nada me cuesta pensar en el Big Crack como «la vaina esa que me pasó una vez».

Pero no.

El Big Crack no es «la vaina esa».

El Big Crack es *esa* vaina.

Una de las vainas más grandes que me pasaron en la vida.

Y el Big Crack me pasó en una ciudad llamada Caracas.

PREGUNTAS. «¿Y tú qué le dijiste?» «¿Y él qué te dijo?» «Pero... ¿Y tú que le dijiste?» «Ah... ¿Y él que te dijo?» Y así hasta el infinito, hasta el fin de los tiempos, en una espiral marca Ionesco

& Beckett. Así, en mi *sketch* cómico favorito de un programa no demasiado gracioso (y demasiado bestial y chabacano para alguien que se había educado en Buenos Aires con *Hupumorpo* y Tato Bores y hasta con el delirio espontáneo de Alberto Olmedo) de la televisión venezolana considerado un clásico: «Radio Rochela».

Entro en la Wikipedia en busca de información y allí me encuentro con que «Radio Rochela» tiene el Récord Guinness «al programa humorístico más longevo a nivel mundial». Más de cuarenta años y sumando. Todos los lunes, a las 20.00, por Radio Caracas Televisión, ahora clausurada por antibolivariana o algo por el estilo, creo.

Leo la entrada de la Wikipedia pero, entre los *sketches* allí mencionados, no parece figurar mi favorito. No importa. Lo recuerdo perfectamente: una especie de vieja desdentada escuchaba con atención lo que alguien le contaba y no dejaba de preguntar «¿Y tú qué le dijiste?», «¿Y él qué te dijo?», «Pero... ¿Y tú qué le dijiste?», «Ah... ¿Y él que te dijo?», mientras el narrador iba poniéndose cada vez más nervioso hasta que estallaba, insultaba a la vieja, y salía de cámara gritando y desesperado mientras ésta le preguntaba: «Pero oye... ¿Y tú qué le dijiste?»

Y aquí estoy yo, ahora, tantos años después, intentado contar qué vaina me dijo la vaina esa.

La vaina —sea lo que sea la vaina— es Caracas.

ARRIVAL. Cada vez que me lo pregunto, hay un momento de duda. ¿Llegamos —mi familia y yo— a Caracas en 1974 o en 1975? ¿Qué edad tenía exactamente yo? ¿Once años recién cumplidos o casi doce años? Vuelvo a dudar. No importa demasiado. Importa, sí, que llegamos allí corriendo, por históricas razones de fuerza mayor, escapando de los Blue Meanies de *Yellow Submarine* que —como se dice al final de ese animado *film* beetle— se mudaban a Argentina para hacer de las suyas.

Llegamos huyendo —me gusta pensar en nuestro trámite como en uno de esos mapas sobre los que vuela un avión en aquellas películas en blanco y negro— y yo escribí sobre todo

eso en un relato llamado «La vocación literaria», al final de un libro mío titulado *Historia argentina*. Nada más que agregar al respecto. Pocas ganas (y menos espacio aún) como para repetirme con la misma vieja historia. Pero, me doy cuenta, esta es la mejor —la primera— oportunidad que se me ofrece para intentar la escritura de mi *Historia venezolana*. O de mi *Historia caraqueña*.

Allá vamos, ajustarse los cinturones, iniciamos las maniobras para el aterrizaje.

LUGAR. Latitud: 10° 30' N. Longitud: 66° 54' O. Altitud: 900 metros sobre el nivel del mar. Superficie: 822,9 km. Caracas fue fundada el 25 de julio de 1657, pero se sabe que cada ciudad vuelve a fundarse cuando uno llega a ella por primera vez. El pasado histórico se funde y se funda con nuestro presente privado. Así es la historia, la Historia. Entonces, cómo fundar y definir a *mi* Caracas. ¿Como al sitio (yo ya quería ser escritor años antes de llegar) donde empecé a leer y escribir en serio? ¿Como la ciudad donde se separaron por última y definitiva vez mis padres, divorcistas seriales? ¿Como el lugar donde murió mi infancia para que naciera mi adolescencia? ¿Como la escena de —cada vez más próximo en el tiempo y en el espacio— mi Big Crack?

PERFIL Y TOPOGRAFÍA. Y qué rara me parece Caracas... En especial cuando la comparo con Buenos Aires. La ciudad donde nací es una especie de Disneyworld: una ciudad que quiere ser todas las ciudades del mundo sin ser ninguna del todo. Un punto distante en el mapa donde se concentran todas las lejanías. Caracas, en cambio, parece una metrópoli en estado de constante licuación. Un extraviado valle perdido. Una versión radiactiva de lo que veo en las series de televisión que transcurren en Los Ángeles. Casas y lugares desaparecen de un día para otro. Puentes (los llamados «elevados») que se alzan durante una noche, cuando nadie los ve. No hay orden. Los mapas son como rumores. Las casas no llevan numeración. Las calles no tienen apellidos o tienen demasiados nombres. Todo se enreda en nudos de

autopistas y túneles y la serpiente contaminada y contaminante del río Guaire. Las distancias y tiempos son relativos y difusos —nadie conduce en mi familia, nunca tuvimos auto, Buenos Aires era tan *caminable*— y nos subimos a desvencijados autobuses o «carritos por puestos» (especies mutantes de taxi comunal) para disfrutar, prisioneros de un tráfico en cámara lenta, de las flamantes ruinas del día en aceras repletas de pozos y matorrales. Y estamos en uno de los países más ricos del mundo —Carlos Andrés Pérez es el «presidente que camina» en una ciudad donde mandan las cuatro ruedas de los autos o las dos ruedas de las motocicletas— y nos movemos por una de las épocas de mayor bonanza de su historia. Pero el espeso perfume del petróleo no alcanza a cubrir del todo el hedor de la basura que se amontona en las esquinas junto a semáforos a los que casi nadie les hace caso, ni siquiera las ratas.

CLIMA, ETC. La desaparición de las cuatro estaciones. Todo es lluvia y sol y súbitos tifones que lo arrasan todo en pocos minutos y, de tanto en tanto, un leve y desconcertante temblor en la planta de los pies: el eco de los terremotos del pasado, el suspiro del Gran Sismo que en cualquier momento puede llegar para destruirlo todo. Y, sí, Caracas vive como meciéndose en la posibilidad de una catástrofe inminente: el derrumbe de montañas, la tormenta perfecta y —lo recuerdo tan bien— la llegada de hombres de negro desde los confines del espacio que partirían en dos al Monte Ávila para que de allí se alzara una flotilla de ovnis fulminantes. La voz se corre y la ciudad se vacía y todo resulta haber sido un experimento en rumorología plantado por estudiantes de sociología y yo me quedo hasta tarde, esperando que todo sea, por favor, verdad: porque si todo acabara en un temporal de rayos alienígenas, entonces también se borraría todo rastro de mi Big Crack y mi secreto moriría conmigo, con ellos, con los caraqueños.

MÚSICA. El himno nacional venezolano (que, para mí sorpresa, lo descubro al poco tiempo de llegar, se escucha en las últimas

páginas de *La invención de Morel* de Adolfo Bioy Casares) es tan dulce y tan tranquilo... Alguien me comenta que fue adaptado a partir de una canción de cuna y lo cierto es que poco y nada tiene que ver con la psicosis espasmódica de su colega argentino que comienzo a olvidar porque ya no hace falta cantarlo. Los himnos nacionales suelen ser exceso de equipaje y el mío —subiendo y bajando desde la depresión a la euforia, cambiando de estilo todo el tiempo, ensamblado frankensteinianamente, como la arquitectura de Buenos Aires, a partir de pedazos lejanos y extranjeros— ya no me sirve aquí, no funciona: el voltaje de la electricidad patria es otro.

Y Caracas, de golpe y de ritmo, está llena de música. Nada que ver con los sinuosos y lánguidos tangos de mi patria que se deslizan como tiburones color sepia. Aquí impera y marca el ritmo una música llena de colores, insoportablemente alegre. Hay ocasiones en que tengo que taparme los oídos para no oírla. Las Big Bands tropicales y «Pedro Navaja». La sentida «Alma llanera» que años más tarde destrozaría Julio Iglesias, pero que a mí me sonará siempre como *hit* de musical de Broadway exótico y un poco *South Pacific*. El folk barrial del mega-hit machista pero atemorizado «María Antonia» de Gualberto Ibarreto («*María Antonia es una mujer que está loca de remate / Escribe con una escoba y barre con un Paper Mate*»). La emocionante electrónica cruzada con folklore de Vytas Brenner, especie de Rick Wakeman local (busco su nombre, otra vez, en la Wikipedia y me entero de que murió en Salzburgo, en el 2004) con títulos como «Morrocoy», «Tragavenado», «Araguaney», «Sancocho de médula», «Chanchunchú Florido» y, sí, «Caracas para locos» donde sobre un fondo de bocinas de automóviles se oye una melodía histórica y en trance, una melodía como Caracas. En Caracas escucho por primera vez «Wish You Were Here» de Pink Floyd, y recuerdo que demoro bastante tiempo en comprender que ese brusco descenso de sonido al principio de la canción que da título a uno de los álbumes claves de mi vida sonora no es un problema del tocadiscos sino un efecto buscado y encontrado por los músicos. En Caracas escucho, también por primera

vez, a Génesis, a mi nunca del todo bien ponderado Supertramp y no puedo dejar de mirar la foto de ese hombre en esa puerta de *Street Legal*. Y, en algún momento, tiene lugar la llegada del huracán *Saturday Night Fever* y de unos Bee Gees transformados (yo los había conocido en la iniciática y sentimental *Melody*) y la súbita comprensión de que no quiero bailar, que no me gusta bailar, que faltan muchos años todavía para que yo quiera y me guste bailar pero, ah, me gusta tanto verla bailar a ella.

Ella baila como Melody Perkins en aquella película. Verla bailar me hace olvidar, por unos minutos, mi inolvidable Big Crack.

IDIOMA. En Caracas muchas cosas cambian de nombre sin cambiar de idioma. Por ejemplo *Hacerse la rata* pasa a ser *Jubilarse*. Mi Big Crack y todo eso.

Más detalles más adelante.

COMIDAS. De pronto, también, la comida enloquece en un arrebatado de colores y sabores y nombres alternativos. Las hamburguesas del bar Okey y las leches merengadas en la esquina de mi casa y la felicidad de sentirme como en un cómic de *Archie*: fuentes de soda y puestos ambulantes y el patrio platillo conocido como pabellón criollo y las frutas exóticas y los helados hechos con esas frutas exóticas y los perros calientes con ingredientes encima (adiós al minimalista y espartano pancho argentino) y los frijoles y las arepas de carne mechada y los raspados de colita con leche condensada.

CINE Y TELEVISIÓN. Los cines de Caracas son diferentes a los de Buenos Aires y lo primero de todo es que las películas que en mi ciudad natal estaban prohibidas para menores de dieciocho años, aquí son aptas para mayores de catorce años. Y las que allí estaban vedadas para los que aún tenían trece, aquí son aptas para todo público. Y lo más importante de todo —a diferencia de lo que ocurría en la rigurosa Buenos Aires—, en los cines de Caracas nadie te pide documentos o duda de tu verdadera edad

y es tan fácil entrar y quedarse allí dentro, suspendido en el aire acondicionado de la más luminosa oscuridad.

Películas que recuerdo haber visto en Caracas: *Close Encounters of the Third Kind* de Steven Spielberg, *Julia* de Fred Zinnemann, *Next Stop Greenwich Village* de Paul Mazursky, *Young Frankenstein* y *Silent Movie* de Mel Brooks, *Barry Lyndon* de Stanley Kubrick, *Lo que el viento se llevó* (¿a alguien le importa el nombre del director de *Lo que el viento se llevó* que, además, si mal no recuerdo, fueron varios directores?), la entrega de *Aeropuerto* (¿78?) con aquel avión bajo las aguas, *The Conversation* de Francis Ford Coppola, *New York, New York* de Martin Scorsese (y el póster blanquinegro de *Taxi Driver* y esa New York todavía sórdida a la que pronto viajaría por primera vez desde Caracas y *Are you talking to me?* y *¿Y tú que le dijiste?*)...

Caracas es también la ciudad donde la televisión cambia de signo y de acento. Todavía en blanco y negro, sí, pero ya no los constantes reruns argentinos de *El Zorro* y *Meteoro*, sino las flamantes *Columbo* y la paradoja de correr muy despacio para demostrar una velocidad sobrehumana en el tan barato *The Six Million Dollar Man* (alias «El hombre nuclear», cuyos juguetes se venden en esa Xanadú que es Juguetelandia, en la esquina de mi casa, rebosante de artefactos sofisticadísimos y *Made in USA* que jamás llegaron a mi infancia porteña y más bien *unplugged*). Las primeras miniseries basadas en *best-sellers* de Taylor Caldwell. La ocasional experiencia retro-infantil con el tierno y siniestro payaso caraqueño Poppy (que cantaba con voz meliflua aquello de «*El telefonito es una necesidad / Palabra tras palabra / Y blablablablá...*», seguramente con el patrocinio subliminal de la compañía de telecomunicaciones CANTV). La misteriosa y sospechosa video-muerte aérea del showman politizado Renny Ottolina (casado con René, padre de Rena, Rina y Rhona) quien despedía su show con un «Los quiero mucho». El primero de mis reencuentros con *The Twilight Zone*, y ese programa de misterio británico que, creo, se llamaba *Thriller*.

Veo todo esto en un pequeño televisor amarillo que mi padre demora unos cuantos meses (casi un año) en comprar.

Y está bien que así haya sido porque —desde que llegué a Caracas— es como si yo viviera en una especie de *sitcom* constante, en una versión primaria y adolescente de *Gran Hermano*. El edificio donde vivo no tiene número sino nombre y se llama...

RESIDENCIAS COUNTRY. Y, de improviso, la súbita sensación de moverme en una realidad aparte. El edificio —en los bajos de un barrio residencial llamado Campo Alegre, junto a la Avenida Francisco de Miranda, cerca del Centro Comercial Chacaíto, donde se encuentra la indispensable librería Lectura (¿o era Lecturas?) y el Drugstore— lo es todo. Un planeta en sí mismo. Todo transcurre allí adentro. Caracas —a diferencia de Buenos Aires— transcurre en interiores / exteriores y el departamento donde vivo es, apenas, la base desde la que despegar y descender a la piscina (que alguna vez fue pileta) y a los columpios (que alguna vez fueron hamacas) y jugar a El Escondite (que alguna vez fue La Escondida y donde el «Piedra libre para todos mis compañeros» se ha convertido en «Un, dos tres por mí y por todos») y el salón de fiestas en la planta baja y a las espaldas del edificio rojo, junto a un campo de golf.

Y hasta entonces, ya lo dije, yo era un niño de departamento.

Un niño con mucha vida interior y mínimas y puntuales excursiones al colegio, a la casa de mi abuela, a alguna plaza de fin de semana con mis primos. Caracas y las Residencias Country alteran para siempre toda lógica preordenada. En Residencias Country uno baja, todas las mañanas, al «Parque».

El Parque es el área recreativa del edificio donde los jóvenes (venezolanos pero, también, ingleses e italianos y argentinos) viven una burbujeante vida exterior en una burbuja amurallada que los protege de los peligros de la vida exterior. De ese territorio casi post-apocalíptico donde acechan las mutaciones de los «niches», esos niños pobres y salvajes que descienden por las laderas miserables que rodean a la acaudalada ciudad para robar las zapatillas Adidas de los pequeños afortunados.

El Parque es el Alfa y el Omega.

Todo pasa *en* y todo pasa *por* El Parque.

Y una de las cosas más importantes que pasa allí es el súbito descubrimiento de que, además de amigos (yo había estudiado, hasta el día de mi apresurada partida, en un colegio sólo para varones) uno puede tener amigas. Y este descubrimiento enseguida da lugar a otro más importante: uno puede sentir por las amigas cosas que, está claro, nunca ha sentido por sus amigos. No es, todavía, algo claramente sexual pero sí sentimental. El «ponerse de novio» argentino se traduce en el casi deportivo «empatare» de los venezolanos que no resulta una expresión demasiado lírica; pero cualquier cosa es mejor que el «pololear» o el «¿quieres ser mi polola?» de los chilenos. Afortunadamente, no hay chilenos en las Residencias Country y, de pronto, la vida tiene la textura de algo que no es exactamente una de las muy célebres y celebradas telenovelas venezolanas (yo no demoro en volverme adicto a una irrespetuosa pero sentida versión local de *Cumbres borrascosas* de Emily Brönte, filmada en la germánica y próxima Colonia Tovar), sino de algo que, de alguna manera, parece anticipar la videología *verité* de *MTV: The Real World* y sus derivados o las novelas ambientales en circuito cerrado de J. G. Ballard pero en versión *psycho-teen*. No es *Big Brother*. Es *Big Friend*. No hay día en que no suceda algo, en que crezca y se marchite un romance en pocas horas, en que alguna traicione a alguno (o viceversa) y yo me pregunto cómo voy a hacer para sacar algo de tiempo para leer y escribir. No importa. Muy pronto voy a tener todo el tiempo del mundo en mis manos y en mis ojos.

EXTRANJERO. Pero esto es lo más importante de todo: en Caracas dejo de ser argentino y aprendo a ser un extranjero profesional. En Caracas —y no sólo por el influjo del Big Crack— me convierto en un forajido, en un fuera de la ley, en un infame universal, en eso que Jorge Luis Borges (el primer libro suyo que leo en Caracas es *Historia universal de la infamia*) predica en su célebre ensayo «El escritor argentino y la tradición»: «No debemos temer y debemos pensar que nuestro patrimonio es el universo; ensayar todos los temas, y no podemos concretarnos

a lo argentino para ser argentinos; porque o ser argentino es una fatalidad, y en ese caso lo seremos de cualquier modo, o ser argentino es una mera afectación, una máscara».

Así, mi primer libro —dieciséis años más tarde, luego de escribir decenas de cuentos «internacionales» bajo el influjo de la literatura anglosajona— acabará titulándose *Historia argentina* pero será un título y un sistema tramposo: una serie de episodios nacionales como si estuvieran siendo contemplados por un extraterrestre, por un ser lejano, por un último escritor argentino preservado en Iowa por una misteriosa fundación, por un sobreviviente profesional capacitado para vivir y escribir en cualquier parte.

Y tiempo después, 1979, cuando vuelvo a una Buenos Aires gris y militarizada (sépanlo: yo adopté el acento caraqueño de inmediato al punto de que varios amigos míos recién supieron que yo era argentino cuando les anuncié que volvía a Argentina) es cuando yo siento que he llegado no al sitio donde nací sino al lugar exacto donde —estoy seguro, sigo estándolo— ya no moriré. (Nota: tampoco, lo aclaro por las dudas, está en mis planes morir en Caracas, amigos).

NOMBRES PROPIOS. Nombres de amigos: Julio (que no vivía en Residencias Country pero era como si viviera), Sergio, Douglas, Gisella, Álex, Mauro, Alessandro, Alejandra, Henry, Alejandro, Inés, Gustavo, El Flaco, Steffano, Pablo, Gustavo, otro Alejandro, Tadio (no Tadeo), Antonio (que murió), Máximo, Ferdinando (que no era exactamente un amigo y que, a su manera, se parecía al todavía desconocido pero seguramente ya muy *freak* Crispin Glover), Paulette...

...Y nombres de los amigos de mi padre (quien trasnochaba diseñando portadas para la editorial Monte Ávila y la Biblioteca Ayacucho y, con el tiempo, dirigirá la campaña presidencial de un tal Lusinchi) que se llamaban Daniel y Kuki Divinski y los Faigón y Sofía Imber y Jorge Manson y Jorge Mezei y Jorge García y Jorge Goldenberg y Tomás Eloy Martínez y Rodolfo Terragno y Marta Traba y Ángel Rama y Carlos Rangel y... Hay

más, hay muchos más. De unos y de otros. Puedo haber olvidado sus nombres pero los recuerdo a todos. Y puedo verlos como si fuera no ayer sino ahora: caminando por Sabana Grande (donde los argentinos salieron a festejar el triunfo en el Mundial de Fútbol 78 con una rara mezcla de euforia y vergüenza y culpa) rumbo a ese kiosko de periódicos donde otro argentino (años después, creo, algo muy malo le pasó, pero no estoy del todo seguro) vendía a precios cósmicos diarios y periódicos de la Argentina con las maquilladas y coloridas últimas noticias del espanto en blanco y negro. Noticias atrasadas que no envejecían nunca, porque no hay nada más fresco y eternamente joven que el horror. Titulares y fotos y versiones oficiales a cotejar con los relatos orales y en voz muy baja en las bocas de exilados que no dejaban de llegar a Caracas y que, enseguida, ya están comprando semanarios argentinos con militares sonriendo en sus portadas. La procesión y el terremoto van por dentro y así, en Caracas, se sabe de la captura y asesinato de Rodolfo Walsh antes que en Buenos Aires. Y las llamadas telefónicas de larga distancia son cada vez más largas pero, también, ensambladas con palabras cada vez más cortas. Conversaciones que están hechas casi exclusivamente de monosílabos, de onomatopeyas de historietas o, como les dicen en Venezuela, de comiquitas.

Yo compraba ahí, en ese kiosko, cualquier papel argentino que incluyera cómics de Hugo Pratt y Alberto Breccia y Héctor Germán Oesterheld y más nombres: *Skorpio*, *Tit-Bits*, *Pif-Paf*, *El Eternauta* y *Corto Maltés*. Buena parte de las primeras aventuras del Corto Maltés —mi favorito, mi héroe— transcurrían en Venezuela y recuerdo que, por eso, a mí no me preocupó mucho saber, durante mis últimos y raros días en Buenos Aires, que pronto huiríamos hacia allí. Tiempo después leería en una entrevista a Hugo Pratt que la idea era que Corto Maltés muriera en el fragor de la Guerra Civil, en España. Pero Hugo Pratt se murió antes de escribir y dibujar y todo eso. Quien sí partió rumbo a España, luego de que todo terminara, luego de muchas separaciones, fue mi madre. Mi padre y mi hermano y yo, después del terremoto, permanecemos en Caracas esperando

al próximo terremoto que pusiera a bailar edificios y calles y cuerpos. Yo no lo sé todavía pero el nombre del baile será El Big Crack: una mezcla de twist con pogo.

EDIFICIOS Y LUGARES. Parque Central, Parque del Este, Parque Francisco de Miranda, La Previsora, Torre Europa, Galipán, el CVA, Hotel Tamanaco, Hotel Tequendama, Hotel Anauco Hilton, Petare, El Hatillo, el Palacio de Miraflores, Chacao, Las Mercedes, Teatro Teresa Carreño, Museo de Arte Contemporáneo, El Junquito, Centro Comercial Mata de Coco, el Poliedro, El Silencio... yo vagaré por ellos, con siempre un libro en mis garras, durante las largas y elásticas mañanas del Big Crack.

AUTORES QUE LEO POR PRIMERA VEZ DURANTE LOS DÍAS DEL BIG CRACK. Adolfo Bioy Casares, Jorge Luis Borges, Raymond Chandler, Julio Cortázar, Fedor Dostoievsky, Francis Scott Fitzgerald, Gabriel García Márquez, William Golding, Dashiell Hammett, Ernest Hemingway, Henry James, Stephen King, H. P. Lovecraft, Carson McCullers, J. D. Salinger, Leon Tolstoi, Kurt Vonnegut... Leo todo el tiempo, no dejo de leer. Leer es la mejor manera de pensar en cualquier otra cosa que no sea el Big Crack.

MICRORRELATOS. Y escribo microrrelatos. No puedo escribir otra cosa. Miniaturas en las que cada palabra está calculada y a las que ordeno en líneas irregulares —como si fueran versos en lugar de oraciones— con tinta verde manzana. Tal vez escribo esas ficciones brevísimas como reacción refleja y automática al cada vez más largo y sin final a la vista Big Crack...

Recuerdo uno de mis microrrelatos de entonces. Se titula «Amnesia» y dice así:

En un lugar de La Mancha de cuyo nombre no *puedo* acordarme.

Y eso es todo. Y, sí, la amnesia sería el remedio de una enfermedad, pienso entonces. La cura mágica para dejar de

pensar en el Big Crack. Pero no puedo. Me acuerdo de todo, todo el tiempo. Y vuelvo a acordarme ahora de lo que jamás olvidaré.

EL BIG CRACK (PRELIMINARES). A veces —perdiéndome y encontrándome en el centro del Big Crack— me preguntaba si todo lo que me ocurría no sería parte de un programa de televisión del que yo era protagonista sin saberlo. El trumaniano *Show de Rodrigo*. Y todo esto, todas las vainas sueltas anteriores en realidad conducen al Big Crack.

Ahora, con la perspectiva de los años, puedo verlo y comprenderlo. Su aparente y musical azar, su danza de casualidades enhebrando un todo compacto y lógico.

Ahora lo veo claro: todo conducía a ese período no fundacional (porque hacía ya años que yo quería ser escritor cuando fuera «grande»), pero sí reafirmador: yo ya no podría ser otra cosa que escritor luego del Big Crack. Después del Big Crack ya no había posibilidad alguna de cambio o de regreso. El Big Bang detona y enciende la génesis de una vocación, de acuerdo. Pero es el Big Crack —el trauma, la energía— lo que determina la fuerza de la onda expansiva de su explosión constante. El Big Crack era como uno de esos aviones volando sobre el centro del océano (como, otra vez, uno de esos aviones volando sobre los mapas de celuloide noble y clásico) que descubre que ya no tiene combustible suficiente para regresar al punto de partida y al que sólo le queda seguir y ver qué pasa y rogar porque pronto, al otro lado, aparezca tierra firme donde aterrizar.

Así estaba yo durante el Big Crack, en Crackacas: en el aire.

Y con tantas turbulencias.

EL BIG CRACK. Escribo todo esto en un verano de fuego, entre Barcelona y Madrid, donde he llegado para dar un curso sobre el narrador norteamericano John Cheever. Cheever —uno de mis autores favoritos— estuvo en Caracas a mediados o finales de los años setenta. Junto con, creo, John Updike, otro de mis autores favoritos. No encuentro la fecha precisa. Pero, sí, Cheever estuvo

en Caracas mientras yo estuve en Caracas y ofreció alguna conferencia seguramente ética en el CVA —Centro de Información Venezolano Americano— donde, por esos días, yo estudiaba inglés y qué lástima no haberlo sabido.

Escribo todo esto apenas saliendo de mi habitación de hotel para ir a dar mis clases —el sol y el calor son como un rayo blanco que te golpea de lleno cada vez que te arriesgas a dejar el aire artificial y acondicionado, ese frío metálico y plástico que nunca es del todo agradable pero que es lo único que hay— y, en mi televisión de hotel, un venezolano sonriente y cantarín, un tal Carlos Baute, es el escogido este verano para informar a las masas de las virtudes de las rebajas de El Corte Inglés. Baute es el autor de una canción espantosa y supuestamente *hot* titulada, creo, «Colgando en tus manos», que por estos días en llamas se oye en todas partes y que me hace cerrar los ojos (sí: todos cerramos los ojos para no escuchar) cada vez que suena aquí y allá y en todas partes. Baute —quien también conduce un programa de entretenimiento de esos de encuentre su pareja— es, en España, uno de los tres venezolanos oficiales (podría agregar a un tercero, una leyenda urbana: esa mujer que amparada en un viejo e invencible contrato alquila un piso en La Pedrera de Gaudí por apenas 30 euros). Los otros dos venezolanos dorados son el escritor y personalidad Boris Izaguirre y la amazona tropical de exportación Ivonne Reyes, madre de un hijo de padre más o menos misterioso y una de las muchas esculturas femeninas que Venezuela parece producir con alarmante abundancia y en plan Stepford para nutrir de carne los concursos internacionales de belleza. Todos parecen ser muy felices aquí. Ninguno de ellos parece muy interesado por volver a Caracas a no ser para visitar a la familia.

Yo tampoco.

No me imagino volviendo allí (partí de regreso a Buenos Aires a mediados de 1979, volví por dos o tres días en 1983 luego de varios meses de viajar sin rumbo fijo por Europa y listo para integrarme a las filas del servicio militar obligatorio de mi país); no me imagino imaginando que vuelvo.

Pero vuelvo ahora porque —si bien me fui de Caracas— yo sigo viviendo en el Big Crack.

El Big Crack es la Gran Grieta y el Enorme Surco donde planté tantas cosas y del que sigo cosechando tantas otras.

¿Cómo explicarlo y definirlo? ¿En frases cortas o en largas páginas? ¿En el idioma telegráfico de los hechos o en el lenguaje lírico de los recuerdos genéticamente manipulados desde el presente? ¿O tal vez aprovecharme de alguna imagen de algún otro escritor? Me acuerdo, casi sin pensarlo, de ese capítulo de *The Ground Beneath Her Feet* en donde Salman Rushdie habla de una «Membrana» que, una vez atravesada, se traduce en la imposibilidad de retorno o marcha atrás. Una frontera de una sola dirección, un *Ahora* que anula todo *Antes* y desde el que no se alcanza a vislumbrar claramente el *Después*. La Membrana —y el momento en que se abre la grieta del Big Crack— es un paréntesis que se mueve, un puñado de puntos suspensivos, una vida en suspenso, el haber alcanzado la parte más alta del trampolín del que, tarde o temprano, tendremos que saltar nos guste o no porque alguien ha retirado la escalera.

Y la cosa es así y la cosa fue así.

Por algún extraño motivo, apenas llegado a Caracas, mis padres (ateos practicantes y entusiastas blasfemos) me anotan en un colegio de curas. La explicación es clara —está cerca de las Residencias Country, se puede ir y volver caminando, varios de mis amigos de El Parque estudian allí—, pero no me alcanza para explicarme y comprender esta súbita y relampagueante proliferación de misas, sacramentos y derivados de éstos. Disfruto del Antiguo Testamento como de una buena y ocurrente novela, como algo cercano a *Las mil y una noches* pero todo lo demás se me hace raro y espantoso. Pronto —aunque destaco en todas las asignaturas humanísticas— comienzo a tener problemas con las llamadas «ciencias exactas» que, para mí, son una abstracción incomprensible e inverosímil. Floto por unos meses aferrado a las partes biográficas de químicos y físicos pero no demoro en hundirme y ahogarme en un océano de ecuaciones y fracciones y polinomios y de

fórmulas que, en el futuro, no me servirán para resolver absolutamente nada.

Sobrevivo agotando posibilidades de redención. La ley educativa venezolana permite, si mal no recuerdo, salvarte pasando por tres sucesivos exámenes que yo, apenas, me limito a firmar vacíos y entregar de inmediato para salir del aula y contemplar las nubes negras que se avecinan. Consumidas esas últimas gracias, sólo queda la expulsión y la búsqueda de otro colegio. Así que soy expulsado. Y, en algún momento, de regreso a mi casa, decido que no se lo voy a decir a mi padre todavía. Dejaré pasar dos o tres días.

Más de un año después, yo sigo sin decir nada y todas las mañanas finjo partir para el colegio junto a mis amigos (que sí lo saben todo) y el suelo parece temblar bajo mis pies y lo único que hago es ir a bibliotecas y edificios y centros comerciales y paso la mañana leyendo. Educándome. Yo —que ya quería ser escritor— ahora me voy convirtiendo en lector. En lector serio. De clásicos y modernos. De novelas largas y de relatos inmensos. Yo soy cada vez más fuerte con cada día que pasa y no puedo evitar preguntarme cómo es que mi padre no se da cuenta. Yo me digo que todo eso que estoy viviendo en la realidad sería completamente inverosímil por escrito pero, aun así, sucede y es verdad y quién dijo que la realidad tiene que ser realista. Yo leo *Cien años de soledad* en las escaleras del Centro Comercial Mata de Coco y yo leo *El resplandor* de Stephen King en alguno de los pasillos à la Escher del, me dicen, hoy desaparecido Edificio Galipán. Yo me digo que confesaré todo cuando acabe con Tolstói pero, llegado ese momento, también me digo que por qué no empezar con Dostoievski. Yo me prometo que diré toda la verdad cuando llegue a la última página de *Diario de la guerra del cerdo* pero ahí está *El sueño de los héroes* y por qué no esperar un poco más, una historia más.

Tiempo después, cuando todo ha sido revelado (mi padre llama a mi ex colegio porque necesita el número de mi documento de identidad para un trámite y es entonces cuando le informan que «su hijo no concurre a este establecimiento desde hace casi

dos años»), leeré *The Catcher in the Rye* de J. D. Salinger y la breve fuga del también expulsado Holden Caulfield me parecerá una pequeñez, una fácil y simple carrera de cien metros llanos comparada con mi maratónica odisea.

Luego de todo eso, de regreso en Argentina, mi vida académica volverá a complicarse con un caos de ciclos lectivos inconclusos (yo había partido a Venezuela sin terminar el séptimo grado básico argentino para llegar a un sistema donde ese primer *stage* del *video game* educativo tenía nada más que seis grados antes de saltar al secundario), equivalencias imposibles y la pérdida de todo mi expediente en tiempos anteriores a la informatización. Decido que todo ha terminado, que sólo me quedará ser escritor, que no tendré ninguna opción o coartada o Plan B universitario. De este modo, al día de hoy, alguien me explicó que la ley argentina me considera «semi-analfabeto»: sé leer y escribir pero no tengo ni siquiera el título de haber terminado el colegio primario.

Recuerdo —*Remember Caracas*, mi íntimo *Pearl Harbor*— esos días eternos llenos de letras y de tramas y de vainas sueltas en las que yo me sumergía intentando olvidar el terrible y al mismo tiempo feliz argumento de mi vida por entonces. Un argumento para el que no se me ocurría ningún buen final y, así, pasaba el tiempo leyendo buenos finales que a otros se les habían ocurrido para las vidas de otros.

Fue entonces cuando lo aprendí todo, cuando recibí la mejor educación, cuando leer y escribir era lo único que podía salvarme y distraerme, cuando la grieta del Big Crack se parecía tanto a la sonrisa que tengo ahora, mientras escribo aquí la palabra *sonrisa* y dejo atrás este pasado eterno y vuelvo a un fugaz presente (a la novela que estoy terminando de corregir ahora) donde un personaje le pregunta a otro: «¿Y tú que le dijiste?» o «¿Y él que te dijo?».

Y el otro personaje, por fin, qué vaina, tanto tiempo después, responde.

Y, después, la historia continúa, en otra parte, lejos.